

HERNÁNDEZ DE SOTO, Sergio: *Juegos infantiles de Extremadura*. Introducción y edición de Javier Marcos Arévalo y Salvador Rodríguez Becerra (Jerez de la Frontera: Editora Regional de Extremadura, 1988) (Serie Rescate, n.º 3), 208 pp.

La Editora Regional ha tenido un nuevo acierto al incluir en su «Serie Rescate» la colección de juegos infantiles que recogió en el siglo pasado Sergio Hernández. La dificultad de acceder a la obra del segedano (publicada en 1884 en los tomos II y III de la *Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas*) hacía necesaria esta publicación tan estimada y tan estimable para todos los aficionados a la Cultura Popular.

Se compone la colección de 127 juegos infantiles, que proceden principalmente de las vivencias personales y de la recolección que llevó a cabo Hernández de Soto en Zafra, Mérida, Llerena, Alange...; pero, además, incluye juegos que le fueron facilitados por otros eruditos y folkloristas, como Joaquín Sama, profesor de la Institución Libre de Enseñanza (juegos recogidos en Talavera la Real y Villanueva de la Serena), y Luis Romero y Espinosa (en Fregenal de la Sierra).

Hernández de Soto no se limita a describir cada uno de los juegos, sino que los enriquece con todo tipo de indicaciones y los compara con otras variantes nacionales (andaluzas y catalanas, principalmente) y extranjeras (italianas, sobre todo).

Para facilitar la lectura y aclarar los conceptos, el autor divide, de modo sencillo, la colección en cuatro series. La primera comprende aquellos que, más que juegos, son entretenimientos empleados para distraer a los niños pequeños de ambos sexos, hasta los cuatro años («¿Cú?... ¡tras!; el borriquito, las tortitas, el recotín...»). La segunda serie comprende los juegos que son comunes a niños y niñas mayores de cinco años («La pitaera, pipirigaña; pun, puñete; el esconder...»). La tercera incluye los que sólo son jugados por las niñas mayores de cinco años («A la limón, San Serení, turruntuntú, las chinas, las muñecas...»). Y, finalmente, en la cuarta serie, los que sólo son jugados por los varones mayores de cinco años («La billarda, la barra, el repión, a la una anda la mula, el jinque, la rayuela...»).

Antes, en unas líneas que dedica al lector, Sergio Hernández logra captar nuestra simpatía narrándonos el porqué de la colección y haciéndonos una breve historia de las vicisitudes con que se halló el autor. Sigue un curioso prólogo donde, además de referirse al tópico de la urgente necesidad de recoger este tipo de materiales, nos hallamos con algunas de las ideas que tantas veces hemos escuchado también en nuestros días: los niños ya no juegan, «nacen sabiendo», la precocidad juvenil (algunos chicos fumaban, ya entonces, a los ocho o diez años), la «radical transformación que han experimentado» las costumbres en el siglo XIX, la desaparición de los materiales, el recurso a los hombres y mujeres de avanzada edad, etc.

Si ya de por sí es interesante haber recuperado la colección de Sergio Hernández, su valor se ve aumentado con la notable introducción de Javier Marcos y Salvador Rodríguez. En ella hacen un recorrido por las explicaciones, análisis, clasificaciones, valores, etc., que se han dado del juego (Tylor, Huizinga, Caillois, etc.); seguidamente, nos acercan la figura de Sergio Hernández, pese a reconocer que «es el personaje más enigmático de la generación de folkloristas extremeños» del siglo pasado. Prosiguen los autores analizando los principales hitos bibliográficos en el estudio de los juegos, desde el siglo XVI hasta el XIX (Rodrigo Caro, Rodríguez Marín, Antonio Machado y Álvarez, L. Becq de Fouquières, Maspons, Leite de Vasconcellos, Giuseppe Pitré, Olavarria..., hasta llegar a Sergio Hernández), para analizar, en un nuevo apartado, la bibliografía que se produce entre 1885 y 1988, con especial atención a Extremadura y España.

Interesante nos parece, en especial, la bibliografía extremeña, que no sólo es una ampliación de la que ya Javier Marcos nos había ofrecido («Los estudios de Etnología y Folklore en Extremadura: el Regionalismo», *Revista de Estudios Extremeños*, XLI, 1985), sino que aporta nuevos hallazgos realizados por los alumnos de la UNED de Mérida.

Estamos, pues, ante una obra importante porque, con ella, recuperamos «una notable aportación al estudio del hasta entonces desatendido, cuando no ignorado, pueblo extremeño como sujeto de investigación» (p. 26); una obra, además, atractiva porque en ella van aflorando muchos de los juegos que practicamos en nuestra niñez; y una obra, también, interesante por las reflexiones que sobre el juego en general nos ofrecen los autores de la Introducción, y por las noticias que aportan sobre la figura de Sergio Hernández y sobre la bibliografía del juego, especialmente en Extremadura.—JUAN RODRÍGUEZ PASTOR.

GÉLIS, Jacques: *La sage-femme ou le médecin. Une nouvelle conception de la vie* (Paris: Fayard, 1988), 560 pp., ilustr.

SHERWOOD, Joan: *Poverty in Eighteenth-Century Spain. The Women and Children of the Inclusa* (Toronto: University of Toronto Press, 1988), 239 pp.

Los dos libros que vamos a comentar han aparecido en países muy distantes y con una concepción diferente a la hora de abordar el estudio de la infancia.

El profesor Gélis ya publicó un excelente estudio sobre el nacimiento en la Europa occidental en *L'arbre et le fruit*. Se ocupa ahora de la evolución profesional de las personas que ayudaban a la hora de nacer. El entorno natural que rodeaba al niño, sus cuidados y los esfuerzos por mantenerle sano han variado según las épocas, igual que la sociedad.

Hasta el siglo XVI en la Europa occidental fueron las mujeres mayores de los pueblos las que atendían en los partos; ellas eran en realidad la memoria de esas comunidades, las que conocían los más íntimos secretos de cada familia, y de ahí el doble significado que en castellano tenía la palabra comadre. El poder público lamentablemente no se interesó en España por mejorar la asistencia a las mujeres embarazadas, aunque ya Damián Carbón, en el siglo XVI, señalaba las condiciones que debía reunir la buena comadre. Al no crearse hasta finales del pasado siglo las primeras escuelas profesionales, la mortalidad fue siempre muy elevada.

La obra del profesor Gélis se refiere fundamentalmente a los países de la Europa occidental donde ya en los comienzos del siglo XVI algunos, como es el caso de Suiza, se plantean la necesidad de controlar de alguna manera a las comadronas y comienzan a examinarlas. Muchas son mujeres pobres, sin empleo fijo y que cobrarán sus honorarios a final de año, según los partos atendidos. Algunas se dedican exclusivamente a las apesadas o a las presas. En las cárceles comprueban la certeza de embarazos, cuando son alegados en busca de un mejor trato, y atienden a la hora de dar a luz.

Con el paso del tiempo su trabajo se irá reglamentando. La dependencia de los cirujanos queda patente incluso en los patronos, que son comunes: San Cosme y San Damián. La primera escuela de formación de comadronas (en francés el término «sage-femme» las distinguirá en adelante de la «matrone») es la fundada en París en el siglo XVI en el Hôtel-Dieu. Son las profesoras mujeres, viudas por regla general, a las que se exige una conducta ejemplar, modestia y dulzura de carácter. Ya en el siglo XVIII el Estado se interesa por salvaguardar la salud de la población y proteger a la familia; de ahí que